

STROMATA

El nombre de Clemente de Alejandría ha pasado a la historia, como el del primer escritor de la Iglesia a quien preocupan a fondo las mutuas relaciones de la filosofía con el cristianismo: Clemente de Alejandría es el primero a quien interesa profundamente el problema de la filosofía cristiana; o sea, ese fenómeno que se repite en la sucesión de los siglos, del filósofo que se hace cristiano, y del cristiano que filosofa para progresar en el conocimiento del dogma.

Clemente siente, o mejor presiente, todo esto. Y escribe sus célebres STROMATA o Miscelánea, así llamados porque los temas tratados en ellos dejan al expositor gran libertad de elección.

Por eso, al cumplir los veinte años de la publicación de nuestra revista trimestral CIENCIA Y FE, en la que se reunieron los esfuerzos anteriores de nuestras Facultades de Filosofía y Teología, publicados bajo los títulos respectivos de FASCICULOS DE BIBLIOTECA (1937-1943) y STROMATA (1938-1943), nos ha parecido que este último título es el que mejor representa el sentido, a la vez tradicional y moderno, de nuestro actual esfuerzo; y hemos querido iniciar el vigésimo primer año de trabajo en CIENCIA Y FE, anteponiendo al nombre —ya bien conocido de nuestra revista— el título más expresivo de STROMATA.

No es un cambio de nombre (ambos a dos figurarán en el encabezamiento de nuestra revista), como no lo fue el de Saulo y Pablo; sino una manera de recordar a los que nos precedieron en nuestro actual trabajo, y nos siguen acompañando con su inspiración original: *nuestra ciencia*, filosófica y teológica, puesta al servicio, como testimonio de *nuestra fe* viva, de la fe de nuestros lectores, en una miscelánea (stromata) de trabajos de investigación o de boletines bibliográficos y ficheros de revistas, instrumentos de trabajo que ofrecemos a nuestros colegas.

EL SISTEMA MADURO DE ORTEGA Y GASSET

Por A. EDWARDS, S. I. (San Miguel)

La obra de A. Gaete¹, es un intento de exposición sistemática de la obra de Ortega y Gasset. Hacer tal exposición de manera que aparezca el desarrollo y la articulación (p. 10) de las ideas filosóficas de un autor que, como Ortega, las expone en forma fragmentaria y oblicua (p. 261), repleta de rodeos y vericuetos, no es tarea fácil de emprender. El expositor debe salvar el equilibrio entre dos peligros extremos: perderse en el espléndido ropaje literario (p. 261), y pasar a ser un mero "repetidor" de algunas ideas lanzadas por su autor; o también, desfigurar las ideas de su autor, haciéndolas encuadrar en un esquema previo, fabricado por el expositor. El trabajo se hace más difícil, si además se pretende hacer una *crítica* del sistema previamente expuesto. La dificultad oscila, también aquí entre estos extremos: que el crítico, absolutamente convencido del valor único y absoluto de otro sistema, diverso del de Ortega, menosprecie el sistema del filósofo español, y no le reconozca ningún valor positivo; por otra parte, podría ocurrir que, encandilado al "ver referidas todas las cosas a la vida", con un robusto sentido de ésta como estructura que da sentido a las cosas (p. 48), acepte el crítico también "las tesis metafísicas del autor, las cuales penetran en su espíritu sin que haya tenido lugar un debate explícito" (p. 49). Con esto, el crítico puede pasar al otro extremo de aceptar la totalidad del sistema de Ortega, y desviarse de la dirección imperativa de su espíritu, que es la búsqueda de la verdad, aún allí donde se encuentre enturbiada con errores. Una genuina evaluación de la obra de Ortega, debe mantenerse en la recta tensión entre ambos extremismos.

Pues bien, el libro de Gaete posee la doble intención de ser exposición y crítica del pensamiento maduro de Ortega. Además, está en la intención del autor que sirva no sólo a especialistas "sino también a los innumerables lectores" que conocen los escritos de Ortega y querrían ver cómo se integran las ideas, pero no disponen de la totalidad de sus obras. Para ellos este libro servirá como una especie de antología comentada (p. 11). En efecto, la obra puede prestar tal servicio, ya que su autor deja hablar a Ortega con textos seleccionados oportunamente: en las cuestiones principales hace referencia a

¹ A. Gaete, *El sistema maduro de Ortega*. La metafísica de Ortega y Gasset, Fabril Editora, Buenos Aires, 1962, 290 págs.

textos párales, y analiza hasta solucionar la “aparente contradicción” que en varios puntos presentan los textos. Pero es más que una antología comentada: es el resultado de un estudio sereno y conienzudo. En él, no hará resaltar las ideas aisladas del autor sino la íntima trabazón de éstas que constituyen un verdadero sistema, una “filosofía a grandes rasgos” (p. 241). Ortega “muestra una sorprendente agudeza para captar los problemas filosóficos y para descubrir las insuficiencias en las soluciones ya dadas. Pero cuando llega a proponer su propia solución, parecería como que ya ha gastado su energía intelectual y se limita a trazar ciertas grandes líneas...” (ibid.)

Lo primero que nos advierte el autor es *el método* que usará para exponer el sistema de Ortega: será diverso del que posee el filósofo español (p. 19). Nuestro autor seguirá un orden “preferentemente lógico”, entendiendo por tal el camino recorrido desde los conceptos más fundamentales de Ortega (de *vida, razón, historia*) a conceptos más particulares (como son los de *vocación, circunstancia, sociedad, generaciones, épocas*). Junto a este orden, cuya trabazón constituye el cuerpo de la exposición, se halla el que constituyen los capítulos I y VIII, que examinan las ideas de Ortega acerca de las cuestiones tradicionales de la metafísica: el conocimiento y la realidad. En este mismo plano podemos colocar el Apéndice, acerca del problema de Dios en su filosofía. El último capítulo (c. IX) lo constituyen reflexiones críticas, seguidas de una conclusión, encargada de evaluar esta filosofía, expuesta con claridad y fría honradez, y criticada con objetividad.

Agradecemos al autor que, ya en la introducción, breve y precisa, nos marque el rumbo que seguirá; y que presente el plan de la obra (p. 11) que luego fielmente cumplirá.

En el cap. II expone el autor lo que para Ortega constituye la *realidad radical: mi vida*, no la de otro. Esta vida es una realidad estructurada, en la que Ortega distingue dos aspectos: lo que nos pasa (pasivo), y lo que hacemos (activo). Dentro del *hacer*, distingue Ortega múltiples *haceres* posibles, y el *quehacer*, que constituirá la realización de la propia vocación personal. Gradualmente recorreremos los célebres temas orteguianos de la *vocación, del sentido festival y deportivo de la existencia, de la alteración o vida ya hecha, y del ensimismamiento o vida por hacer*; temas, estos últimos, en que opone Ortega la vida humana a la vida animal... En toda esta clara exposición, van entretejidos múltiples textos de Ortega, citados expresamente o consignados en las notas.

Pero la intuición de esta *realidad radical* de la vida, no está suficientemente expresada; la vida es razón, y la razón, en el sentido de Ortega, es *razón vital*. La exposición de este tema de la razón, ocupa todo un capítulo, quizá el más rico y acabado del libro. Ortega

lucha por expresar su vitalismo, que no es irracionalista, pero que no participa de la *idolatría de la inteligencia* que caracteriza al idealismo: de allí su esfuerzo por relacionar el pensamiento con la vida. Concluiremos así, que “la vida entera, el total de sus funciones es razón en el sentido de que da razón de los hechos...” (p. 105).

Aún así, no está todavía expresada la esencia de la *realidad radical* de la vida, puesto que lo que el hombre es, ha de verse proyectado a la luz de la *historia*. Sólo así podemos captar el verdadero sentido de la realidad radical de la vida. Surge así un nuevo capítulo, rico en textos sugerentes. En Ortega, el conocer vital, visto en una amplia perspectiva de tiempo, “deja de ser una operación *natural*, una ocupación permanente, constitutiva del hombre, y se ofrece como una pura *dimensión histórica*; es una *forma de vida* a la que ha llegado el hombre a causa y en vista de ciertas experiencias, y que él puede abandonar un buen día, a causa y en vista de nuevas experiencias vitales” (p. 119). De aquí la experiencia del *peligro* de perder una cultura, que se hace patente al hombre, según Ortega, a la luz de la historia, y que es patrimonio del hombre del siglo XX, a diferencia de la pseudo *seguridad* del hombre del siglo XIX. Este peligro radica en el “hecho de que la vida se nos da vacía y no es otra cosa que historia” (p. 120).

Los capítulos II, III y IV nos muestran “la identidad formal entre los conceptos de *vida, razón e historia*”. “Nuestra vida, realidad esencialmente histórica, es también por su misma esencia, razón” (p. 122).

Los capítulos V, VI y VII, que ciernen círculos más estrechos sobre el sistema orteguiano, tratan de temas más especializados, pero importantísimos en Ortega. Gaete reconoce que darían por sí solos para un estudio separado. Así, la vida personal, considerada como *vocación*, y su *autenticidad, la circunstancia, la sociedad* explicada “a partir de la vocación y para explicar ésta”, las *generaciones* y las *épocas*... Es conocida la predilección de Ortega por temas sociales: “se diría que su inclinación natural lo encaminaba antes a estos temas que a los problemas estrictamente metafísicos” (p. 173).

Dejamos de lado, en este comentario, los cap. I y VIII, de interés para especialistas, en que la exposición está *dirigida* a establecer un contacto entre el sistema de Ortega y la metafísica tradicional. Pasemos a la crítica que hace al filósofo español. Su originalidad radica en la “falta de apasionamiento” con que se hace, y en la decidida posición de *diálogo respetuoso* que toma Gaete: a pesar de no compartir muchas de las afirmaciones taxativas de Ortega, reconoce que está ante una concepción “cuya seriedad y vigor filosófico no puede poner en duda” (p. 244 ss.).

El *método* de su crítica sigue la línea del método positivo: en

lugar de situarse frente a cada una de las afirmaciones de Ortega y aquilatarlas, se coloca ante el conjunto, viéndolas todas en su mutua concatenación (p. 232). La primera pregunta que se hace Gaete es: "¿Existe alguna raíz de la cual brote todo el pensamiento de Ortega?" (p. 232). Si así fuera, entonces se podría mostrar el fundamento de donde se siguen otras conclusiones erróneas, y el impedimento que no le permite justificar suficientemente otras intuiciones acertadas. A esta pregunta se responde el autor: "Ese punto es, a nuestro juicio, la concepción del conocimiento sensitivo e intelectual" (ibid.). Tal concepción falsa del conocimiento en Ortega "es una extraña simbiosis de rasgos de dos tendencias que en la historia de la filosofía han estado siempre en extremos opuestos: el empirismo y el idealismo" (p. 234). Gaete explica esta falsa concepción en los estudios que hiciera en su juventud Ortega en Alemania: "Es corriente que un pensador trasponga a la filosofía el modo de pensar de otra ciencia... Creemos que algo semejante ha hecho Ortega. Captó muy a sus comienzos en Alemania la nueva epistemología de las ciencias físicas y, sin darse plenamente cuenta tal vez, pensó todo el resto de la filosofía con el mismo método" (p. 240).

* * *

La crítica se ha presentado en toda su limpieza; pero he de confesar que no coincido con el planteo de la pregunta tal como la formula el autor. Igualmente no coincido con la siguiente formulación, tal como suena: "*En Ortega falta una intuición intelectual del ser y de sus principios y esto es lo que no le permite fundamentar sus tesis más importantes*" (p. 258). Creo que todo este libro ha expuesto una verdadera *experiencia metafísica* por parte de Ortega, la cual constituye el nexo y trabazón íntima de su *sistema*. En realidad, me parece que si Ortega no hubiera tenido una intuición del ser, no podría hablarse de la existencia de un sistema filosófico en Ortega, puesto que todo sistema filosófico está fundamentado en una intuición del ser. Ahora bien, al procurar *interpretar* esta intuición y *expresarla*, el filósofo español pagó su tributo a las corrientes filosóficas y epistemológicas dominantes, y no logró desprenderse de muchos prejuicios que éstas le contagiaron. Por eso, seguro de no disentir en el fondo de la cuestión, sino sólo en el "sonido de la expresión", creo mejor afirmar que Ortega tuvo una intuición perfectamente intelectual del ser, a pesar de no haber logrado *expresarla* y *fundamentarla* bien. Además, si bien es cierto que su concepción del conocimiento sensitivo e intelectual fue un gran escollo que no logró salvar y del que se desprenden muchos errores, *pareciera que no brota de esa concepción todo el pensamiento de Ortega*. Acentúo

el *todo*. Precisamente por poseer un "gran equilibrio intelectual", en el que se deja sentir una robusta experiencia de la realidad, creo que ésta *es también raíz* de la cual brota el pensamiento de Ortega. Y creo que es la *raíz buena*, así como la concepción del conocimiento es raíz mala de donde se siguen errores, que lo hacen desatender ciertos aspectos esenciales de la experiencia total. Sólo pretendo esclarecer ahora el fondo del pensamiento del autor, quizá no suficientemente expresado.

* * *

Hemos recorrido brevemente esta obra doblemente original y lograda. La conclusión es patente: el autor logra cumplir con brillo su tarea de *expositor del sistema* orteguiano, sin caer en los peligros que anotábamos al comenzar: la trabazón de este sistema se clava cristalina y auténtica en el lector. Su crítica al sistema no deja el tono de diálogo ecuánime con el filósofo español. Este clima de diálogo cálido se manifiesta también por ese *contagio* estilístico que frecuentemente aparece en el libro, y revela un largo gustar de las ideas y del espléndido ropaje literario que caracteriza la expresión de José Ortega y Gasset.

Está demás consignar la bibliografía completa que respalda la seriedad del trabajo. Sugerimos a la Editorial, que por lo demás presenta excelentemente sus obras, que las provea de alguna *fe de erratas* para mayor seguridad del lector.

El libro será leído con provecho tanto por los conocedores de Ortega, como por los estudiantes que buscan conocer su pensamiento.